

MARGUERITE YOURCENAR

Por JULIETA RUIZ DÍAZ



Marguerite Cleenewerck de Crayencour es el verdadero nombre de Marguerite Yourcenar.

Creo que lejos de escribir un artículo sobre ella, simplemente, tengo la humilde idea de recordarla, de conversar con ustedes, sobre ella.

Marguerite Yourcenar era escritora. Simplemente, algo cercano a un genio o a una genia. En las reseñas bibliográficas, también la describen como novelista, ensayista, poeta, traductora y dramaturga.

Cuando leí a Marguerite Yourcenar por primera vez, me quedé en un estado muy raro. Era una mezcla de asombro, maravilla- y -muda.

Nació en Bélgica, Bruselas, el 8 de junio de 1903. Murió en Maine, en 1987. En 1947 se nacionalizó estadounidense. Emigró a los Estados Unidos luego de la Segunda Guerra Mundial.

El primer libro que leí fue *Las Memorias de Adriano (Mémoires d'Hadrien)*. Único. El relato es un universo con vida propia. La prosa refleja una cultura, una genialidad y un nivel literario, que, como dije, me dejó sin palabras. Es increíble cómo narra en primera persona, la vida y la muerte del emperador romano Adriano. Está ambientada en la Antigua Roma, claro. Y uno siente que recorre esa ciudad, que se sienta al lado de sus personajes, que siente lo que sienten. Transporta. Creo, modestamente, que, si tuviera que tomar una palabra para

decir qué siento al leer a Yourcenar, diría eso: que me siento transportada. Uno no “lee” *Las Memorias de Adriano*, las “devora”. Esta novela considerada histórica, filosófica y epistolar se publicó en 1951.

Es mi escritora preferida en lengua francesa. La asocio con Borges. En ambos, encuentro la profundidad de una cultura tan sólida que se mezcla con la realidad. Esos datos históricos que no se sabe si son verdaderos o verosímiles, es como una ola gigante de sapiencia que atrapa, envuelve y traga. Que hace recorrer en idas y vueltas, el pasado, el presente y el futuro. Y uno se deja devorar por esa magia. Su prosa, toda su obra, obviamente no tiene fisuras. La inteligencia emerge permanentemente mezclada con esa cultura de la que hablaba, pero con la humildad de los grandes, la que no se nota, y se va metiendo en los poros y permanece inolvidable.

Debo haber leído el libro al menos diez veces. Y, en cada lectura, me enamora y me encandila. La primera vez que lo leí, fue en español porque mi francés era muy básico. Luego en francés. Y fui alternado comparando traducciones. Sin duda, la traducción de Julio Cortázar es la que prefiero. Es de una nitidez impecable y logra el trabajo del traductor que es tan difícil: lo voy a decir de una manera muy casera. No se nota que es una traducción.

Después leí *Opus Nigrum (L'Oeuvre au noir)*. Se publicó en 1968. La misma sensación. Esa belleza literaria me envolvió de nuevo. La novela cuenta, resumiendo excesivamente de qué trata, la vida – ficticia- de Zenón: un alquimista y médico del siglo XVI. La historia está recreada en Europa, entre la Edad Media y El Renacimiento. Una verdadera joya.

Luego devoré *Alexis o El Tratado del inútil combate*. Es anterior en su publicación, es de 1929. Es una obra que habla con una exquisitez privilegiada sobre el amor y la sexualidad.

Luego, leí *Souvenirs Pieux (Recuerdos Piadosos)*, de 1974. Sinceramente no sé si es una buena traducción sobre el título del libro decirle Recuerdos Piadosos. Seguramente existe una mejor que la que yo estoy citando.

De cada obra que iba leyendo, me iba enamorando. Y *Souvenirs Pieux* es su autobiografía. *Souvenirs Pieux*, eran las cartas que se acostumbraba a mandar cuando alguien moría, para expresar las condolencias. Me deslumbró.

Más tarde fui completando, siempre con asombro y alegría, toda su obra.

El 6 de marzo de 1980 se produjo un hecho histórico. La Academia Francesa la nombra miembro. Fue un hecho único porque le puso un final a más de tres siglos donde la Academia estuvo integrada únicamente por hombres. Y, como se dijo en su momento, porque este hecho causó un tremendo revuelo: *la Academia recibe a un escritor, no a una mujer*.

Creo que, como decía mi padre, si la vida me pusiera en el maligno trance de elegir una sola obra de Marguerite Yourcenar, así como mi padre eligió el poema *La Lluvia*, de Jorge Luis Borges, no por considerarlo el mejor porque eso es una

elección totalmente personal sino por otras razones; yo – muy tironeada- tomaría *Las Memorias de Adriano*.

Hace unas semanas, lo leí una vez más y- repito- quedé muda, sin palabras. Cosa rara en mí que hablo hasta por los codos.

Desde mi simple opinión, creo que no se puede transitar esta vida sin leer la obra de Marguerite Yourcenar. Como diría alguien que amo profundamente: “cuando sea grande, quiero ser como ella”.